

II
LA SUBJETIVIDAD DEL TRADUCTOR,
ESPACIO DE CONFRONTACIÓN
LINGÜÍSTICA Y CULTURAL

DOCE VIAJEROS ROMÁNTICOS FRANCESES ANTE LA IRREDUCTIBLE HISPANIDAD IDIOMÁTICA

Jean-René AYMES
Universidad François Rabelais, Tours

Introducción

Una de las particularidades inmediatamente visibles de los relatos de viajeros franceses por España es la presencia, más o menos masiva, en el seno de los textos, de palabras, elementos de frase, refranes o poesías, que vienen en idioma español y cuyo carácter exógeno, respecto al idioma francés, suele estar señalado por el uso de comillas.

Esa inserción que, unas veces tiende a la asimilación puntual del idioma español por el francés y, otras, sirve para poner de relieve la irreductible especificidad del castellano, ilustra uno de los postulados en que se funda el examen de la realidad hispánica por los "turistas" galos en la época romántica. De esta realidad nacional *sui generis* forma parte la realidad idiomática, por una serie de razones: la existencia del idioma indígena —en el caso concreto, el español— confirma la supervivencia de uno de los caracteres nacionales que son precisamente lo que procuran desentrañar y se complacen en enfatizar los observadores extranjeros. Que éstos entiendan o no la significación de los discursos que pueden oír, concuerdan para estimar que el manejo del idioma local ofrece insustituibles atisbos sobre la idiosincrasia, mentalidad y modalidad existencial de los habitantes del país.

Ello significa que la realidad idiomática de un país no se contempla como un epifenómeno carente de significación, sino como un posible indicador importante. En cuanto al idioma que esos observadores aprehenden en su forma escrita a través de carteles o de inscripciones grabadas en monumentos, proclaman, para legitimar la atención que prestan a esas manifestaciones del idioma, que estas últimas aclaran el pasado —histó-

rico, cultural y literario— del país visitado. Por fin, la incorporación de palabras españolas en el texto francés sirve para dar al relato cierto “colorido local”, sumamente valorado —como es sabido— en la época romántica.

Por supuesto, ese procedimiento no se aplica sólo a la península ibérica, sino también a los demás países europeos y extra-europeos. El denominador común entre los idiomas latinos (el español, el portugués y el italiano) es que, parcialmente inteligibles por los profanos —en cualquier caso, más inteligibles que el alemán, el inglés, el ruso o el árabe—, esos idiomas latinos ofrecen más facilidades de incorporación al texto francés que los idiomas germánicos, eslavos o africanos, aunque no se ha de excluir que la “incrustación” de algunas palabras rusas o árabes haya podido conceptuarse como más portadora de exotismo que la transcripción de palabras apenas extrañas, respecto a lo francés, como lo serían “cigarro”, “mula” o “liberales”.

Para calibrar la intensidad del efecto “extranjerizante” —siempre buscado por nuestros autores— de esa incorporación de vocablos españoles en su forma original, se ha de diferenciar el bajo rendimiento “extranjerizante” de las palabras, o ya afrancesadas tras alguna ligera modificación (como “mantille”, “guitare”, “cortès”, “alcade”, “duègne”), o ya incorporadas en el acervo común del idioma francés (como “hidalgo”, “muleta”, “sierra”), y el rendimiento “extranjerizante” superior de palabras sólo en vías de nacionalización: de ahí la vacilación gráfica corriente entre “bolero” y “boléro”, entre “guerrilla” y “guérrilla”, entre “fandango” puesto o no entre comillas. El grado más alto de efecto “extranjerizante” lo alcanzan las palabras que, no incorporadas todavía al idioma francés corriente, no sugieren automáticamente ningún equivalente en el idioma francés, como “chulo”, “presidiario”, “rosquillas”, “indulto” o “tabardillo”.

Esa enorme diferencia, en cuanto al efecto de sorpresa o de seducción producido sobre el lector profano, es fácil de notar si se opone, por ejemplo, la palabra “capitán”, que casi puede pasar desapercibida, a la de “asentista” en su forma afrancesada “assen-tiste” que exige alguna aclaración si el autor no quiere dejar a su lector *in albis* (de comprensión)¹. De ahí la variedad de los tratamientos técnicos a los que se puede someter el vocablo incorporado.

Me parece circunscribirse a las seis modalidades siguientes:

1. Se deja el vocablo español en su forma original, sin la menor alteración, sin comillas y sin aclaraciones, porque se da por conocido o descifrable el sentido (sierra, fandango, hidalgo).

(1) Este ejemplo está sacado de *Un hiver à Majorque* de George Sand, en *Oeuvres complètes*, Ginebra, Slatkine Reprints, 1980, t. XVI, p. 17.